

## Reconciliación, justicia y paz: Benedicto XVI en Africa, pulmón espiritual de la humanidad

*Jorge Enrique Mújica*

*Consultor en ética de las comunicaciones sociales en Catholic.net y editor-jefe de redacción del semanario Análisis y Actualidad*

«**Q**uise volver a visitar el continente africano [...] pues estoy íntimamente convencido de que es una tierra de esperanza», dijo el Santo Padre durante el discurso de despedida del 20 de noviembre en el aeropuerto internacional de Cotonú, Benín. Con esas palabras concluía una visita de tres días —del 18 al 20 de noviembre de 2011— al país natal de un íntimo amigo, el también cardenal, ya finado, Bernardin Gantin.

Dos años después de haber visitado África por vez primera como Papa, Benedicto XVI realizaba su XXII viaje internacional al continente en el que la Sagrada Familia halló refugio (cf. *Ángelus* pronunciado en el Estadio de la Amistad, Cotonú, 20.11.2011).

Las motivaciones de ese viaje apostólico quedaron claramente referidas en la entrevista que el mismo Pontífice dio a los periodistas durante el vuelo de Roma a Cotonú: visitaba un país en paz interna y externa; un país donde las distintas religiones conviven pacíficamente, factor de paz y libertad y, además, «es el país de origen de mi querido amigo, el cardenal Bernardin Gantin». Esto quedó aún más explicitado en el primer discurso del obispo de Roma, el viernes 18 de noviembre, en el aeropuerto: «son tres los motivos que me han inducido a emprender este viaje apostólico [...] En primer lugar, Señor Presidente, su amable invitación a visitar su país. Una iniciativa que ha ido a la par con la de la Conferencia Episcopal de Benín [...] en el año en que Benín celebra el 40 aniversario del establecimiento de relaciones diplomáticas con la Santa Sede» y los 150 años en que el anuncio del Evangelio fue plantado en esas tierras. «También se cumple mi deseo de entregar en suelo africano la Exhortación Apostólica Post Sinodal *Africae munus*», resultado de la Segunda Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos, celebrada en octubre de 2009, en Roma.

Un tercer motivo «más personal o de sentimiento» —continuaba el Papa— fue el deseo de visitar el país del difunto cardenal Gantin: «me ha parecido justo venir a su país natal para rezar ante su tumba y para agradecer a Benín el haber dado a la Iglesia a este hijo eminente».

El tema de aquella asamblea especial de 2009 a la que alude el Vicario de Cristo («La Iglesia en África al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz») fue también, en parte, el lema de este viaje apostólico. «Reconciliación, justicia y paz» eran las virtudes y valores que acompañaban al logotipo: una estilización del continente africano representado por una paloma con una gran cruz en medio. Se podría decir que el emblema quedó también sintetizado en la virtud en torno a la cual gira este viaje pontificio: la esperanza.

Durante su estancia en Benín el Papa pronunció 11 discursos y homilías, además de la rica y matizada entrevista durante el vuelo de ida. Fue en el encuentro con los miembros del gobierno, los representantes de las instituciones de la república, el cuerpo diplomático y los representantes de las principales religiones, del 19 de noviembre, en el Palacio presidencial de Cotonú, donde Benedicto XVI esbozó un sistemático discurso precisamente sobre la relación entre África y la esperanza y sus implicaciones:

«Cuando digo que África es el continente de la esperanza, no hago retórica fácil, sino expreso simplemente una convicción personal, que es también de la Iglesia. Con demasiada frecuencia nuestra mente se queda en prejuicios o imágenes que dan una visión negativa de la realidad africana, fruto de un análisis pesimista. Es siempre tentador señalar lo que está mal; más aún, es fácil adoptar el tono del moralista o del experto, que impone sus conclusiones y propone, a fin de cuentas, pocas soluciones adecuadas. Existe también la tentación de analizar la realidad africana de manera parecida a la de un antropólogo curioso, o como alguien que no ve en ella más que una enorme reserva de energía, minerales, productos agrícolas y recursos humanos fáciles de explotar para intereses a menudo escasamente nobles. Estas son visiones reduccionistas e irrespetuosas, que llevan a una cosificación nada correcta para África y sus gentes».

Posteriormente recuerda que la palabra «esperanza» es de las pocas que, sin importar la cultura, tiene el mismo alcance, de ahí que

«Hablar de la esperanza es hablar del porvenir y, por tanto, de Dios. El futuro enlaza con el pasado y el presente. El pasado lo conocemos bien: lamentamos sus errores y reconocemos sus logros positivos. El presente lo vivimos como podemos. Lo mejor, lo espero aún y con la ayuda de Dios. En este terreno, compuesto de múltiples elementos contradictorios y complementarios, es donde se trata de construir con la ayuda de Dios»

Es a la luz de la esperanza que Benedicto XVI lee la actualidad africana: por un lado la vida sociopolítica y económica y, por otro, el diálogo interreli-

gioso. En el primer contexto es donde lanza un llamamiento a los líderes políticos y económicos (que también fue, mediáticamente hablando, lo que más trascendió sobre el viaje en la prensa):

«No privéis a vuestros pueblos de la esperanza. No amputéis su porvenir mutilando su presente. Tened un enfoque ético valiente en vuestras responsabilidades y, si sois creyentes, rogad a Dios que os conceda sabiduría. Esta sabiduría os hará entender que, siendo los promotores del futuro de vuestros pueblos, es necesario que seáis verdaderos servidores de la esperanza. No es fácil vivir en la condición de servidor, de mantenerse íntegro entre las corrientes de opinión y los intereses poderosos. El poder, de cualquier tipo que sea, ciega fácilmente, sobre todo cuando están en juego intereses privados, familiares, étnicos o religiosos. Sólo Dios purifica los corazones y las intenciones.

La Iglesia no ofrece soluciones técnicas ni impone fórmulas políticas. Ella repite: No tengáis miedo. La humanidad no está sola ante los desafíos del mundo. Dios está presente. Y este es un mensaje de esperanza, una esperanza que genera energía, que estimula la inteligencia y da a la voluntad todo su dinamismo. Un antiguo arzobispo de Toulouse, el cardenal Saliège, decía: «Esperar no es abandonar; es redoblar la actividad». La Iglesia acompaña al Estado en su misión; quiere ser como el alma de ese cuerpo, indicando incansablemente lo esencial: Dios y el hombre. Quiere cumplir abiertamente y sin temor esa tarea inmensa de quien educa y cuida y, sobre todo, de quien ora incesantemente (cf. *Lc 18,1*), que muestra dónde está Dios (cf. *Mt 6,21*) y dónde está el verdadero hombre (cf. *Mt 20,26; Jn 19,5*). Desesperar es individualismo. La esperanza es comunión. ¿No es este un camino espléndido que se nos propone? Invito a emprenderlo a todos los responsables políticos, económicos, así como del mundo académico y de la cultura. Sed también vosotros sembradores de esperanza».

Sobre el segundo punto del diálogo interreligioso, el Vicario de Cristo recordó la necesidad de promover la cooperación serena y respetuosa entre las diferentes culturas y religiones para luego subrayar que «ninguna religión, ninguna cultura, puede justificar que se invoque o se recurra a la intolerancia o a la violencia [...] Utilizar las palabras reveladas, las Sagradas Escrituras o el nombre de Dios para justificar nuestros intereses, nuestras políticas tan fácilmente complacientes o nuestras violencias, es un delito muy grave».

Fue también en este contexto donde el obispo de Roma abordó dos puntos más de no menor importancia: el hecho de que el diálogo interreligioso mal entendido conduce a la confusión y al sincretismo (y que no es éste el que busca la Iglesia) y la exhortación a líderes religiosos para trabajar en una «pe-

dagogía del diálogo» en los jóvenes de los diferentes credos: «El odio es un fracaso, la indiferencia un callejón sin salida y el diálogo una apertura».

Reconciliación, justicia y paz unificadas en la esperanza también se convirtieron en palabras concretas para sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos en el discurso durante el encuentro con ellos el sábado 19 de noviembre en el patio del seminario San Gall de Ouidah.

«No cambiéis jamás la belleza de vuestro ser sacerdotes por realidades efímeras, a veces malsanas, que la mentalidad contemporánea intenta imponer a toda cultura. Os exhorto [...] a no subestimar la grandeza insondable de la gracia divina depositada en vosotros y que os capacita a vivir al servicio de la paz, la justicia y la reconciliación», dijo el Papa a los presbíteros.

Dirigiéndose a los seminaristas ponderó una profunda realidad: «Sin la lógica de la santidad el ministerio no es más que una simple función social. La calidad de vuestra vida futura depende de la calidad de vuestra relación personal con Dios en Jesucristo, de vuestros sacrificios, de la feliz integración de las exigencias de vuestra formación actual».

A los laicos recordó que «Haciendo reinar en vuestras familias el amor y el perdón, contribuís a la edificación de una Iglesia fuerte y hermosa, y a que haya más justicia y paz en toda la sociedad. En este sentido, os animo, queridos padres, a tener un respeto profundo por la vida y a testimoniar ante vuestros hijos los valores humanos y espirituales».

Con un enfoque más bien misionero el Santo Padre tocó otros aspectos de la misión del laico en la homilía del 20 de noviembre, solemnidad de Cristo Rey, en la magna concelebración eucarística en el Estadio de la Amistad, en Cotonú: «todos los que han recibido ese don maravilloso de la fe, el don del encuentro con el Señor resucitado, sienten también la necesidad de anunciarlo a los demás. La Iglesia existe para anunciar esta Buena Noticia. Y este deber siempre es urgente».

Desde luego que uno de los momentos más importantes fue cuando firmó y entregó la Exhortación Apostólica Post Sinodal *Africae Munus* al episcopado de ese continente. Esta Exhortación fue firmada el 19 de noviembre, durante la visita a la Basílica de la Inmaculada Concepción de María de Ouidah. Al día siguiente, en el Estadio de la Amistad, la consignaría a los prelados.

A *Africae Munus* le prece la Exhortación Apostólica Post Sinodal *Ecclesia in Africa*, del beato Juan Pablo II, sobre la urgencia de la evangelización del continente (del 14 de septiembre de 1995). *Africae Munus* se centra en las tres palabras que dieron nombre al lema del viaje. ¿Qué sigue y qué pretende

este documento? Lo respondió el mismo Benedicto XVI el domingo 20 de noviembre: «Tras recibir el documento comienzan las fases locales de asimilación y de aplicación de los contenidos teológicos, eclesiológicos, espirituales y pastorales de esta Exhortación. Es un texto que pretende promover, fomentar y consolidar las diversas iniciativas locales ya existentes. Y desea también inspirar otras más para la Iglesia católica en África».

Como enlazando con el tema de la nueva evangelización dijo también:

«Una de las primeras tareas de la Iglesia sigue siendo el anuncio de Jesucristo y su Evangelio ad gentes, es decir, la evangelización de quienes están alejados de la Iglesia de una u otra manera. Deseo que esta Exhortación os guíe en la proclamación de la Buena Nueva de Jesús en África. Esto no es sólo un mensaje o una palabra. Es sobre todo una apertura a una persona: Jesucristo, el Verbo encarnado. Sólo Él tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6,68). Siguiendo el ejemplo de Cristo, todo cristiano está llamado a reflejar la misericordia del Padre y la luz del Espíritu Santo. La evangelización supone e implica también la reconciliación, prometiendo la paz y la justicia».

Por último, cabe mencionar que un viaje como éste no quedó desprovisto de elementos, por así llamarlos, «más íntimos». Además de la visita a la tumba del cardenal Gantin, el Papa se permitió una tierna confidencia (que sirvió también como un ejemplo más del buen catequista que es Joseph Ratzinger al usar lenguaje sencillo sin dejar de decir verdades profundas) en su encuentro con los niños, el sábado 19 de noviembre, en la parroquia de Santa Rita:

«Algunos de vosotros habéis hecho ya la primera comunión, otros os estáis preparando para hacerla. El día de mi primera comunión fue uno de los más bonitos de mi vida. También para vosotros, ¿no es verdad? Y, ¿sabéis por qué? No sólo por los lindos vestidos, los regalos o el banquete de fiesta, sino principalmente porque en ese día recibimos por primera vez a Jesucristo. Cuando yo comulgo, Jesús viene a habitar dentro de mí. Tengo que recibirlo con amor y escucharlo con atención. En lo más profundo del corazón, le puedo decir por ejemplo: «Jesús, yo sé que tú me amas. Dame tu amor para que te ame y ame a los demás con tu amor. Te confío mis alegrías, mis penas y mi futuro». Queridos niños, no dudéis en hablar de Jesús a los demás. Es un tesoro que hay que saber compartir con generosidad. En la historia de la Iglesia, el amor a Jesús ha llenado de valor y de fuerza a muchos cristianos, incluso a niños como vosotros».

En un siglo (de 1900 a 2000), los católicos en África han pasado de 2 a 140 millones. Previsiblemente, para 2050, tres países africanos –Congo,

Uganda y Nigeria— se contarán entre las diez naciones que más católicos tengan a nivel mundial (actualmente encabezan el listado Brasil, México, Estados Unidos y Filipinas). Cuando en el avión un periodista preguntó al Papa por qué ha hablado de África como un «gran pulmón espiritual de la humanidad», el Santo Padre respondió que, sin olvidar las dificultades, en África «hay frescura, un “sí” a la vida, una juventud llena de entusiasmo y esperanza. Hay sentido del humor, alegría. Muestra una frescura también en el sentido religioso. Hay todavía una percepción metafísica de la realidad, hablando de realidad en su totalidad como Dios. No hay un rígido positivismo que restringe nuestra vida y la hace un poco árida, y apaga la esperanza. Quiero decir que hay un humanismo en el alma joven de África, a pesar de los problemas que existen. Hay una reserva de vida y vitalidad para el futuro con el que podemos contar».

Benedicto XVI fue a llevar esperanza y también la trajo consigo para luego compartirla con toda la Iglesia. Un hombre de fe sabe ver así las cosas, sin perder el sentido de la realidad, y luego transmitir las.